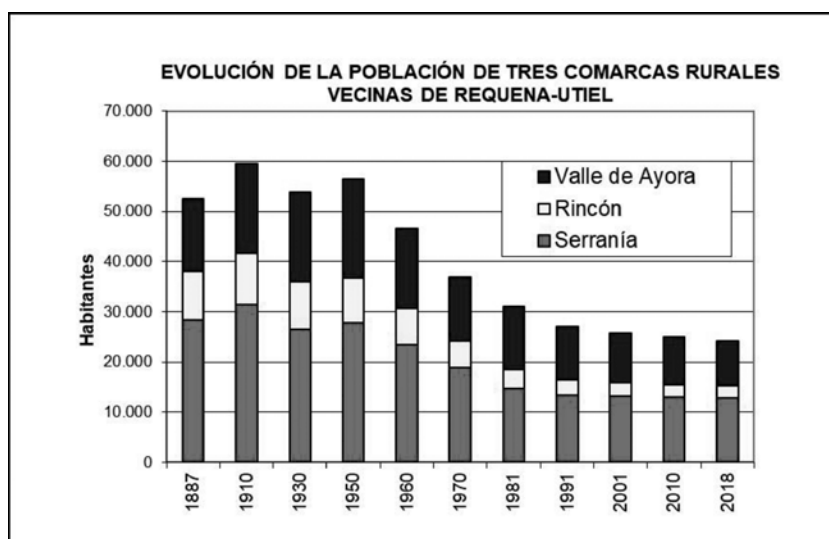


REGRESIÓN DEMOGRÁFICA RURAL Y CONCENTRACIÓN URBANA. LA MESETA DE REQUENA-UTIEL

Juan Piqueras Haba

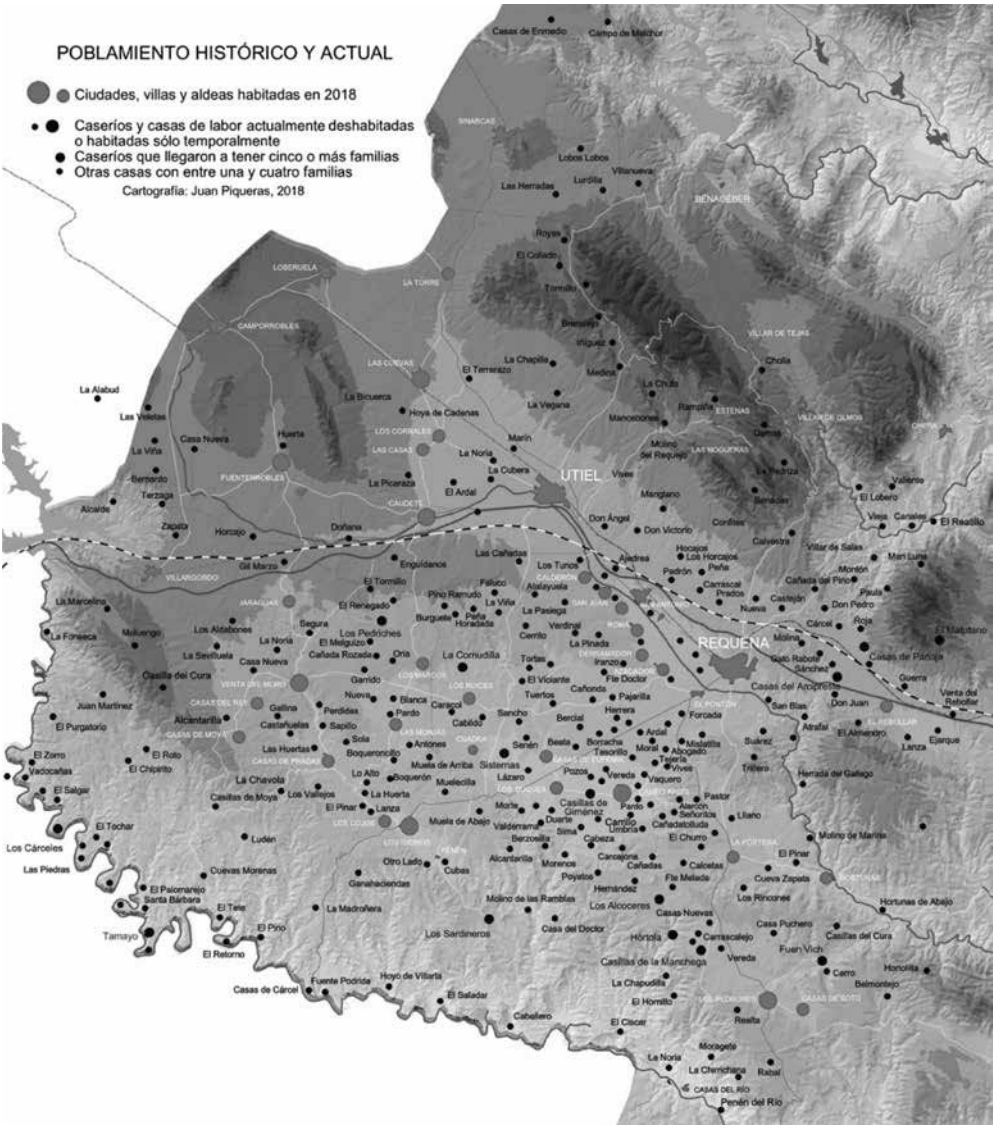
INTRODUCCIÓN

La Meseta de Requena-Utiel viene experimentando desde mediados del siglo pasado un proceso inexorable de despoblación de su medio rural, que comprende más de medio centenar de municipios y aldeas, al mismo tiempo que las dos únicas ciudades de la misma, Utiel y sobre todo Requena, crecen en número de habitantes. Este doble proceso de regresión rural y progresión urbana distingue a esta comarca de otras del interior valenciano como el Rincón de Ademuz, la Serranía del Turia o el Valle de Cofrentes-Ayora, en las que todas las entidades de población se encuentran en un fuerte declive crónico.



En nuestro caso, por tanto, conviene examinar con especial detalle este fenómeno de concentración demográfica en sus dos núcleos urbanos y en las relaciones

que actualmente mantienen ambos con los demás núcleos rurales, especialmente con las aldeas y los pocos caseríos que todavía siguen habitados, pues en muchos casos se trata de familias con doble residencia: una en la aldea y otra en la ciudad. A efectos de contabilidad estadística es muy importante saber dónde tienen dada de alta su residencia oficial, ya que si ésta se encuentra en la ciudad, la regresión rural no sería tan grave como los puros datos nos ofrecen, pues estas familias suelen pasar los fines de semana y periodos vacacionales en la casa de la aldea. En el caso de los padres de familia agricultores su presencia en la aldea es casi diaria.



La pérdida de habitantes fijos o residentes permanentes ha supuesto el abandono y ruina de centenares de viviendas diseminadas, mientras que en los municipios y aldeas que todavía mantienen población, aunque sólo sea una familia, se conservan todavía muchas casas que cumplen funciones de residencias secundarias (fines de semana, veraneo...) y en los últimos treinta años se han construido muchas casas nuevas e incluso han sido objeto de promociones inmobiliarias que han levantado grupos de viviendas adosadas. Este fenómeno es un síntoma de que el llamado vacío demográfico no siempre va unido al abandono total, sino que estas entidades de población han evolucionado desde una función puramente agraria a otra mixta en la que se combina esta misma con la función residencial

EL LEGADO DEL PASADO: LA COLONIZACIÓN DE UN TERRITORIO VACÍO

Hace ahora poco más de trescientos años nuestra comarca era un territorio escasamente poblado, con apenas uno 7.150 habitantes (cinco veces menos que en 2019), según un censo estimativo fechado en 1691. Más del 80% se hallaban concentrados en dos núcleos: Requena (3.860 hb) y Utiel (2.095). Los demás se repartían entre Camporrobles (430), Sinarcas (unos 400), Villargordo (220), Caudete (90), Fuenterrobles (50) y Venta del Moro (70). Por lo poco que sabemos de siglos anteriores podemos deducir que durante el XVI y XVII el número de habitantes debió estar rondando los 7.000, con altibajos provocados por las hambrunas y las plagas de peste, al menos cuatro relativamente graves a mediados y a finales de ambos siglos (la última en 1684). Habría que esperar al siglo XVIII, y más concretamente hasta después de la Guerra de Sucesión y el establecimiento de la monarquía borbónica, para que la población comarcal empezase a crecer de forma acelerada, hasta tal punto que en 1787 pasaba ya de los 17.000 habitantes. Fue precisamente durante aquel siglo cuando empezó a fraguarse el establecimiento de colonos y labradores propietarios en el medio rural hasta entonces casi vacío de habitantes fijos.

Varias son las causas que podrían explicar este fuerte incremento de población y el mismo proceso de ruralización. Las que explican el aumento de población fueron básicamente dos: la ausencia de plagas de pestes; ciertas medidas de salubridad como el uso del jabón para lavar tanto la ropa como a las personas; el uso de la cal viva aplicada a los cadáveres para matar gérmenes dañinos, etc. Estas medidas provocaron un descenso de la mortalidad, mientras que las tasas de natalidad seguían siendo altas y así el crecimiento vegetativo se disparó, como ya reflejó en 1987 el pionero estudio demográfico sobre la parroquia de San Nicolás realizado por Cristina García Haba. En él demuestra que todavía a finales del XVII y primeros años del XVIII las tasas

de natalidad y mortalidad presentaban medias decenales muy similares, mientras que en la segunda mitad del XVIII las de natalidad superaban en más de un 50% a las de mortalidad. Otro factor que provocaría un aumento de población fue la inmigración procedente en su mayor parte de las vecinas comarcas de la Manchuela y Serranías de Cuenca y Albarracín, sin que faltasen tampoco de Valencia y lugares más alejados del resto de España (García Haba, 1987).

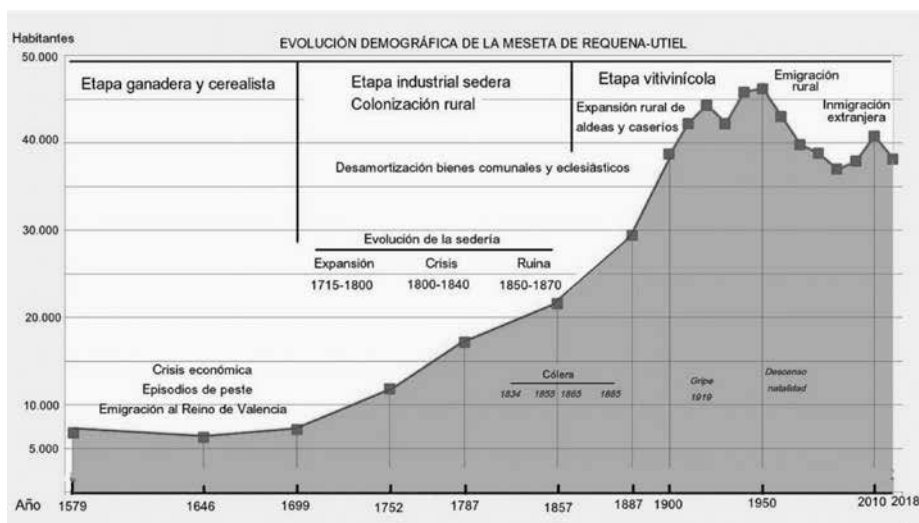
Las razones de aquella inmigración, especialmente centrada en la ciudad de Requena, se explican por el impresionante proceso de industrialización experimentado en la misma, basada en los telares de seda, hilados, tintes, comerciantes, trajineros, etc. (Piqueras, 1987). Todo ello haría que Requena triplicase su población durante aquella centuria, haciendo de ella una sociedad artesana y mercantil que necesitaba ser alimentada, por lo que la demanda de bienes básicos como el pan, las legumbres, el vino y la carne, aumentaron de forma exponencial y motivó que hubiera que poner en cultivo tierras hasta entonces baldías. Tanto las autoridades locales (Concejo Municipal) como las nacionales (gobiernos de Fernando VI, Carlos III e incluso Carlos IV), fomentaron la puesta en cultivo de terrenos concejiles o de realengo, incluidos los Montes Blancos.

Unas veces fueron los propios Concejos los que parcelaron y pusieron a disposición de los agricultores las extensas dehesas concejiles, otras los propios agricultores e incluso grandes terratenientes los que entraron en los Montes Blancos (bienes del Común) y roturaron rodales de tierra (llanos, vaguadas) acogándose al llamado derecho de “presura” por el que si las cultivaban durante cuarenta años o más aquellas parcelas pasaban a ser de su propiedad y podían transmitir las a sus herederos o venderlas. Este fue el origen de los varios centenares de casas de campo y de labor que se esparcieron por toda la comarca, con especial intensidad en los términos de Requena y Venta del Moro, que era donde había más montes, baldíos y dehesas y además quedaban lejos de las capitales municipales.

Así, por ejemplo, en el actual término de Requena, donde en 1673 apenas había 79 familias labradoras en diseminado, un siglo más tarde, en 1788, habían aumentado a 405, es decir, que se había multiplicado por cinco, y a mediados del siglo XIX superaban con creces las 900, mientras que en la capital municipal eran algo más de 1.700. Por estas últimas fechas, según datos extraídos del Censo de Población de 1857, el número de habitantes de la comarca era de 26.400, de los que la ciudad de Requena albergaba 7.709 y la de Utiel 5.578. En total la población que podríamos calificar de urbana ascendía a 13.287, aproximadamente la mitad, mientras que la rural tenía ya más de 13.100, la otra mitad.

Todavía no se había producido la gran expansión del viñedo, que se inició precisamente por aquellos mismos años y que supondría la inmigración de aproximadamente unas tres mil familias, procedentes como antes de las vecinas comarcas del Valle de

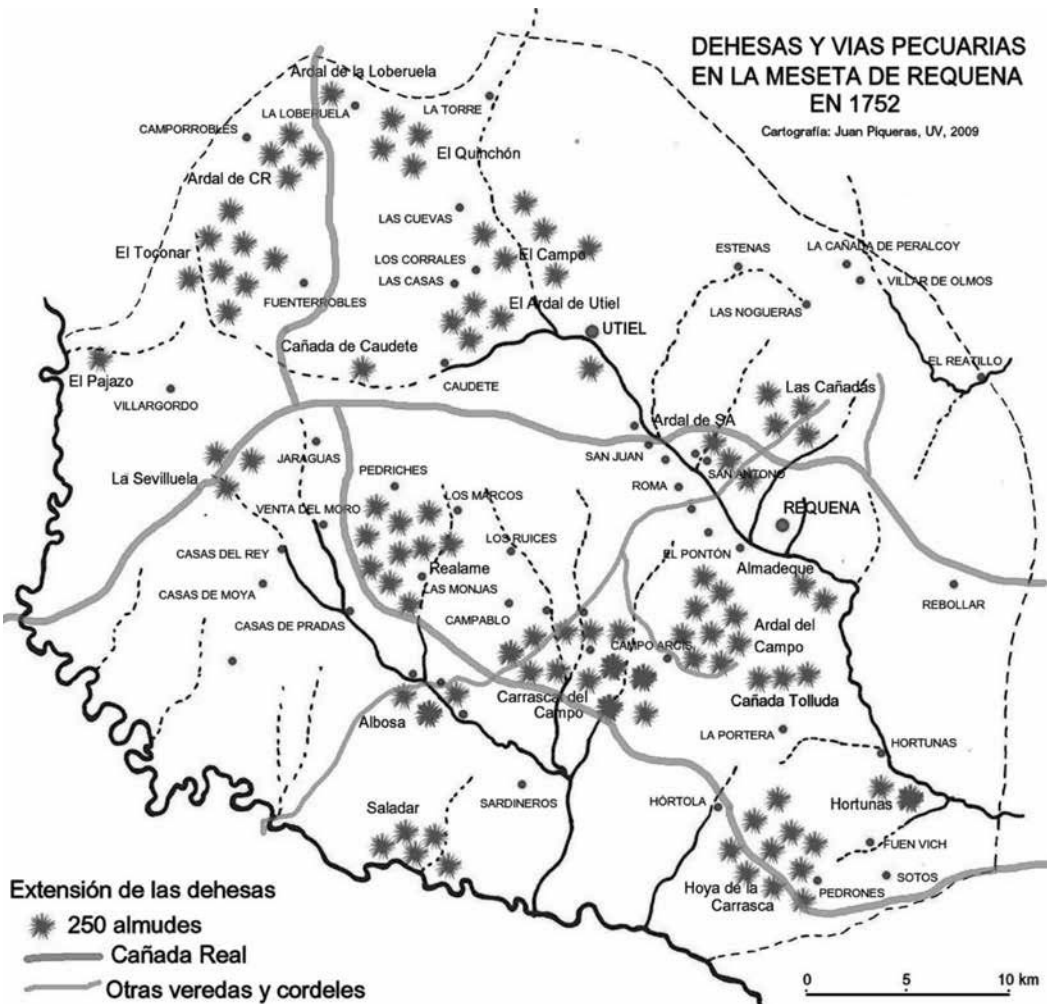
Cofrentes, la Manchuela y las Serranías de Cuenca y del Turia. En 1920, cuando la plaga filoxérica atacó las viñas y la inmigración empezó a frenarse, el total de habitantes de la comarca llegaba a 44.400, de los que menos de 18.000 vivían en las ciudades y los restantes 26.400 correspondían al mundo rural. Estas proporciones se mantendrían con ligeros cambios durante las tres décadas siguientes, hasta 1950, momento en que la dinámica empezaría a cambiar. La comarca alcanzó a mediados del siglo pasado su apogeo demográfico con 46.177 habitantes y también el máximo de población rural: 28.000 habitantes frente a los 18.000 de población urbana que sumaban Utiel (9.500) y Requena (8.500).



LOS CAMBIOS EN EL PAISAJE DURANTE EL PROCESO DE RURALIZACIÓN

Entre 1700 y 1850 fue desmantelado el anterior paisaje propio de los siglos medievales e incluso del XVI y XVII, en el que las llanuras estaban cubiertas por extensas dehesas arboladas que se sucedían desde Camporrobles hasta Los Pedrones, y en las que pastaban cientos de rebaños de ovejas (lana, leche y carne) con otros de cabras y carneros (carne) y también algo de ganado mular y bueyes (labranza y carretería). Así, por ejemplo, en Camporrobles había tres grandes dehesas: la del Ardal, la del Quinchón (lindando con Utiel) y la del Toconar (compartida con Fuenterrobles y Villargordo) en las que pastaban nada menos que 6.100 cabezas de ganado lanar y 2.200 de cabrío, que se guardaban en 19 corrales o *“teinas... a fin de que por este medio pudran la paja y hagan basura para el beneficio de las tierras de sus dueños”* (Respuesta Particular, 1752).

También se beneficiaban de los pastos 192 mulos, 126 jumentos y 128 bueyes, estos últimos utilizados para tirar de 56 carretas propiedad de 18 vecinos que todos los años, cuando había poca faena en el campo, bajaban madera del Marquesado de Moya al Reino de Valencia. Solían hacer dos viajes por año. Por aquellas fechas vivían en Camporrobles 304 vecinos, diez de ellos en la Loberuela, aunque todos menos uno tenían casa también en la capital municipal “que la habitan cuando vienen a misa”. Otros tres vecinos vivían respectivamente en la Casa de las Veletas, la Viña y Buena Vista (luego casa de Bernardo). Este mismo panorama habría que hacerlo extensivo a Fuenterrobles, Villargordo, Venta del Moro, Utiel y, sobre todo Requena, cuyo Concejo administraba una decena de grandes dehesas localizadas en las mejores tierras susceptibles de ser cultivadas.



Las talas de los miles de carrascas que poblaban las dehesas y ardales llamaron la atención del sacerdote Díaz de Martínez en sus visitas a las aldeas de Requena allá por el año 1860, cuando ya había comenzado su destrucción. Así escribe al visitar la partida de Campo Arcís: *“ceñíanla antes majestuosos y seculares carrascales origen de tantos provechos a la agricultura, ganadería y construcción”*. El ejemplo podría extenderse a otras grandes dehesas como la del Carrascal de San Antonio, la dehesa de la Realta (Los Pedrones), la dehesas de Realame y la Sevullueja en Venta del Moro o el Ardal de Camporrobles, donde todavía quedan algunos retazos del mismo cerca de la Loberuela. En todas ellas se venían labrando y sembrando de cereales desde el siglo XVI muchas parcelas, alternando así con los barbechos que servían de pastizal.



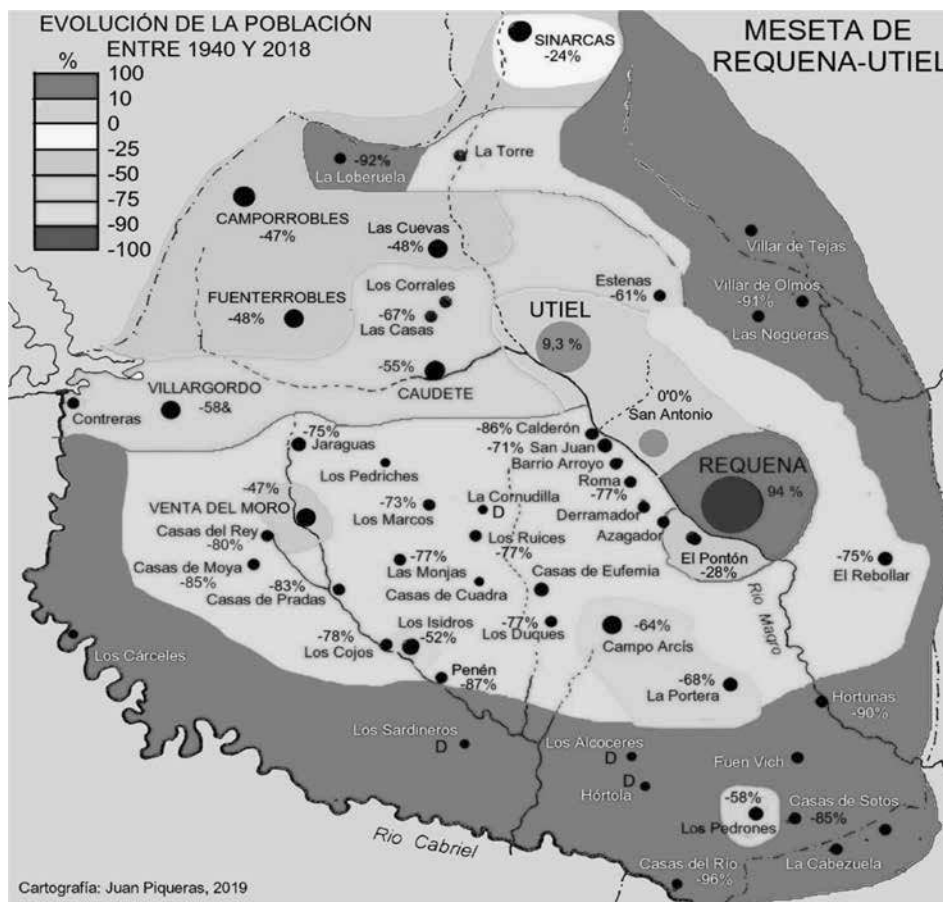
Vestigios de antiguas dehesas arboladas. (Arriba: Cañadatolluda. Abajo: Las Veletas.)

Por su parte los bosques de pinos que poblaban más de la mitad de la superficie comarcal fueron objeto de rozas para ganar tierras de cultivo, recurriendo incluso al fuego, como denunciaba en torno a 1770 el Guarda de Montes Blancos de Requena, don Antonio García de Zepeda, quien habla de incendios que cubrían los cielos de humo durante varios meses. (Latorre, 2009).

A partir de 1850 se acentuó la destrucción de las carrascas por exigencia del cultivo de la vid, y el paisaje cerealista y ganadero cedió terreno frente al paisaje vitícola, aunque en las tierras altas de Camporrobles, Fuenterrobles y Sinarcas, este proceso de cambio no fue tan intenso y todavía hoy se puede ver carrascas entre los campos de cereales, como ocurre por ejemplo en las Veletas.

EL ÉXODO RURAL DESDE 1950 Y SUS CAUSAS

Como ya hemos adelantado, la tendencia progresiva de la población comarcal acabó en los años de postguerra y alcanzó el máximo en 1950 con 46.177 habitantes, de los que algo más de 28.000 vivían en núcleos rurales. A partir de entonces y mientras las ciudades mantenían su población e incluso la aumentaban, el mundo rural empezó a despoblarse y bajó a 19.600 en 1970, a 12.800 en 2001 y a sólo 11.431 en 2018. Es decir, que en los últimos 70 años la población rural ha descendido en un 60%.



La regresión rural no ha sido homogénea, pues hay zonas en donde el descenso ha sido de sólo el 25%, como ocurre en Sinarcas y otros en los que se supera el 90%, como ha sucedido en toda la periferia montañosa. Incluso hay un núcleo rural, como es San Antonio, aldea de Requena, que ha mantenido su población en torno a los 1.800 habitantes, pero se trata de un caso excepcional que se explica por su privilegiada posición sobre el principal eje viario (Valencia-Madrid), a mitad de camino entre las ciudades de Utiel y Requena. Las pérdidas de población que sin duda ha experimentado por la emigración de jornaleros y pequeños propietarios se han visto compensadas por la inmigración de decenas de familias del otro lado del río Magro (San Juan, Barrio Arroyo, Roma, etc.).

Sinarcas, cuyo término ha bajado de 1.579 habitantes en 1940 a 1.124 en el momento actual, ha visto como entre ambas fechas quedaban despoblados su media docena de caseríos dispersos (La Herradas, Lurdilla, Lobos Lobos, la Toba, etc.) que llegaban a sumar entre todos un centenar de personas. Por su parte la capital municipal ha sufrido pérdidas estimadas en torno al 25%, que son mucho menores que en el resto de municipios rurales, y que sólo pueden entenderse gracias a su especialización en granjas de gallinas ponedoras, que hacen de la misma la mayor productora de huevos de toda la Comunidad Valenciana al tiempo que ofrece muchos puestos de trabajo, tanto directos como indirectos.

El término de Camporrobles ha bajado de 2.416 habitantes en 1940 a 1.195 en 2018. En la primera fecha 215 de ellos vivían fuera de la capital municipal, repartidos por los caseríos y casas de labor de Casas Nuevas, la Viña, las Veletas, Bernardo, Terzaga y, sobre todo, la aldea de La Loberuela, que en 1940 tenía 116 habitantes y en la que ahora sólo hay 9 personas censadas. Las demás han quedado vacías y han devenido en ruinas o se utilizan sólo para guardar ganado.

En los términos de Fuenterrobles, Villargordo y Caudete la población dispersa nunca ha sido muy abundante y en 1940 apenas representaban solamente el siete por cien. En los tres restantes municipios, los de Venta del Moro, Utiel y Requena, con términos mucho mayores no sólo hay aldeas de cierta entidad sino también decenas de caseríos y casas de labor diseminadas.

En Venta del Moro la capital municipal contaba en 1940 con 1.352 habitantes, mientras que sus seis aldeas, caseríos y casas de labor sumaban 3.216. Actualmente quedan en la primera 719 habitantes (un 47% menos) mientras que en las aldeas y caseríos han caído a sólo 523, perdiendo así nada menos que el 80% de su población. La aldea que menos ha perdido ha sido Los Marcos y lo ha hecho en un 73%. La mayoría de las casas de labor están ahora en ruinas (la Sevilluela, los Mancebones, etc.) o sólo sirven como refugio ocasional o para guardar ganado (los Antones).

En el término de Utiel la ciudad tenía en 1940 poco más de 9.500 habitantes y actualmente apenas ha crecido a 10.155 (un 9'3%), mientras que en sus cinco aldeas y tres



docenas de casas de labor, el descenso ha sido de entre un 48% en el caso de las Cuevas y un 71% en el de La Torre. La ciudad se ha mantenido relativamente estable gracias a las familias que han venido a ella procedentes de sus aldeas y de otras de los términos vecinos, como Jaraguas (Venta del Moro) o Calderón y San Juan (término de Requena).

En el término de Requena es donde se han producido los mayores cambios. Por un lado la ciudad ha crecido de 8.259 habitantes en 1940 a 16.000 en 2018, lo que significa que casi ha duplicado su población. También aquí han jugado un papel muy notable las familias procedentes de las aldeas y caseríos de su extenso término, aunque no hay que despreciar la inmigración extranjera (unos 1.600) ni la derivada de sus funciones sanitarias, judiciales o comerciales, que han atraído a gentes de muy diversa procedencia. Hay que señalar que estas funciones, sobre todo la sanitaria y comercial, rebasan con creces los estrictos límites comarcales y se extienden por las comarcas vecinas del Valle de Ayora, la Hoya de Buñol, la Serranía del Turia e incluso municipios de las vecinas provincias de Albacete y Cuenca.



Hórtola. Caserío citado ya en el siglo XV que llegó a contar con once casas habitadas y un molino harinero. Sus habitantes cultivaban una pequeña huerta y trabajaban en las Salinas cercanas. Quedó abandonado a comienzos de la años cincuenta y en 1982 presentaba ya el aspecto de ruina que refleja la foto. (Piqueras, 1982)



Casa de la Sevilluela, cabeza de una antigua dehesa en término de Venta del Moro. Tras quedar deshabitada las aguas y el viento se han encargado de destruir su débiles paredes hechas de barro. (Piquerías, 2018).

Entre las aldeas de su término y caseríos adscritos a las mismas, las hay que han perdido más del 90 % de sus habitantes, como ocurre en toda la periferia montañosa, tanto por el flanco septentrional (Villar de Olmos, las Nogueras...) como por el meridional: Hortunas, Fuen Vich, Casas de Sotos, Casas del Río, Penén, etc. En estas partidas han quedado absolutamente despoblados media docena de caseríos que hace algo más de medio siglo tenían cada uno entre 40 y 70 habitantes (Los Sardineros, Los Alcoceres, Hórtola, Casillas del Cura, Panoja, El Matutano...). Lo mismo se puede decir de más de doscientas casas de labor, en las que había entre una y tres familias, de muchas de las cuales no quedan ya más que los cimientos, y en algunas ni eso.

Si atendemos a las entidades de población que figuran en el Nomenclátor, entre las que todavía mantienen población, la que más han perdido han sido Casas del Río, que en 1940 contaba con 653 habitantes y en 2019 sólo hay censados 26, lo cual no quiere decir que sus casas estén abandonadas. Todo lo contrario, casi todas han sido arregladas y sirven como segunda residencia para las familias que en su día emigraron a Valencia, Barcelona o Madrid. Otro caso extremo es el de la Fuen Vich, en donde sólo hay censada una persona, de las 99 que había en 1940, aunque las casas rehabilitadas e incluso nuevas acogen en verano a una docena de familias.

En otros casos como Los Pedrones el censo ha bajado de 386 habitantes en 1940 a sólo 161 en 2019, y hubieran sido muchos menos si no fuera porque se han trasladado a vivir a ella otras familias que antes vivían en las Casas de Sotos (que ha bajado de 133 a 20 habitantes) y otros caseríos como las Casillas de la Manchega, donde ya no queda nadie, aunque siguen manteniéndose media docena de casas como residencias secundarias.

Procesos similares se observan también en Campo Arcís y Los Isidros. La primera, contando los caseríos y labores de su jurisdicción, tenía casi 1.100 habitantes en 1940 y hoy apenas son 387 (un 64% menos). Fuera de su caso urbano sólo quedan dos casas habitadas de forma más o menos permanente, pero han quedado vacías y la mayoría en ruinas más de medio centenar, parte de cuyos antiguos habitantes viven ahora en la aldea. En Los Isidros (659 habitantes en 1940 y 316 en 2018) parte de sus actuales familias proceden de la vecina aldea de Penén y de caseríos como Los Sardineros, la Muela o las Casas del Boquerón.



Estas tres aldeas: Los Pedrones, Campo Arcís y Los Isidros, son la únicas del término (sin contar San Antonio) que mantienen abiertas sus escuelas, adscritas al CRA El Tejo, lo que significa un aliciente que evita que la emigración a la ciudad sea mayor. Por eso sus pérdidas de población entre 1940 y 2018 se encuentran en torno al 60 %. Pérdidas bastante mayores, casi siempre por encima del 70 e incluso el 80 %, registran aquellas aldeas sin escuelas como Los Cojos, Los Duques, Los Ruices, San Juan, Barrio Arroyo, Roma, Derramador, El Rebollar, etc. En todas ellas los matrimonios jóvenes con hijos pequeños han optado en su inmensa mayoría por trasladar su domicilio a la ciudad de Requena, donde pueden escolarizar a sus hijos.

LAS CAUSAS DE LA EMIGRACIÓN Y SUS EFECTOS: ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACIÓN Y SALDO VEGETATIVO NEGATIVO

La primera causa de la emigración, que empezó a notarse a partir de 1950 fue, y sigue siendo, la declinación de la agricultura o, dicho con otras palabras, la pérdida del poder adquisitivo de una familias que vivían de trabajar la tierra. Un buen indicador es la evolución de los precios del vino: en los años cuarenta el valor de una arroba de vino era equivalente a un jornal, por lo que los cosecheros de más de 4.000 arrobas (entre 50.000 y 60.000 kilos de uva) tenían rentas altas y además podían permitirse contratar a jornaleros y tener “mozos” fijos todo el año. Pero en los años cincuenta los precios del vino se quedaron estancados mientras que los salarios de los jornaleros subían sin parar, y así la relación entre vino y salario empezó a ser de uno a cuatro y llegaría a un máximo actual en que para pagar un jornal de entre 60 a 80 euros, hace falta el valor de hasta 16 arrobas de vino. Es lógico que los grandes cosecheros (e incluso los medianos) se desprendieran de jornaleros y que muchísimos pequeños cosecheros que tenían que trabajar a su vez como jornaleros a tiempo parcial, vieran como sus rentas agrícolas disminuían al tiempo que era más difícil trabajar a jornal. Es por eso que los primeros en emigrar en masa durante los años cincuenta y sesenta fueron jornaleros y pequeños cosecheros.

A la depreciación del vino se uniría a partir de 1955-1965 la mecanización de las tareas agrícolas y la creación de bodegas cooperativas (hasta 36 en la comarca) que suponían el cierre de bodegas familiares (unas 2.000) con la consiguiente caída de las ofertas de trabajo. En las fincas mayores un tractor comprado a finales de los cincuenta suponía el despido de cuatro o cinco mulateros fijos, y el cierre de la bodega familiar entre dos o tres puestos de trabajo temporal. Es así que la mecanización y el cooperativismo contribuyeron a destruir en torno a las cuatro quintas parte de los puestos de trabajo del sector vitivinícola.

Al mismo tiempo que se sucedían estos cambios tenían lugar en España los planes de estabilización (1958) y desarrollo (años sesenta) que llevarían a la industrialización

y concentración urbana en los polos de desarrollo y grandes ciudades como Madrid, Barcelona y Valencia, incluidos los pueblos de sus alrededores (área metropolitana). La demanda de mano de obra en las fábricas y en la construcción en estos contados lugares provocó un éxodo masivo de miles (millones a escala nacional) de jornaleros del campo y pequeños propietarios. En el caso de la Meseta de Requena-Utiel se calcula que entre 1950 y 1975 pudieron emigrar alrededor de 23.000 personas. Un estudio del Departamento de Geografía de la Universidad de Valencia sobre Inmigrados en el Área Metropolitana de Valencia realizado sobre los padrones de población de 1975 contabilizó en dicha AMV, incluida la capital, algo más de 18.000 personas procedentes de nuestra comarca. A ellos habría que añadir otras cuatro o cinco mil que emigraron a otros focos industriales como Puerto de Sagunto, Barcelona, Madrid e incluso el extranjero (Alemania y Francia sobre todo) sin olvidar los que eligieron los entonces incipientes lugares turísticos de la costa mediterránea, desde Salou hasta Benidorm. De no haber sido por esta emigración y teniendo en cuenta los altos índices de natalidad registrados en los años cuarenta, cincuenta y sesenta, el número de habitantes de nuestra comarca habría sido en 1975 de unos 65.000 habitantes, en lugar de los 39.400 que quedaban por las mismas fechas.

La propia emigración, compuesta mayormente por jóvenes en edad de procrear, provocó un envejecimiento de la población restante y una disminución drástica de la población infantil en edad escolar. Y así, aunque en los años sesenta se llegaron a construir nuevas escuelas en aldeas como La Portera, Casas de Eufemia, Los Duques, Casas de Cuadra, La Loberuela, etc. e incluso algunos para párvulos (Campo Arcís, San Antonio) la mayoría de ellas fueron cerradas a los pocos años (en torno a 1974) como resultado de la nefasta política de concentración de los servicios escolares en los grandes núcleos y la implantación de autobuses escolares que recogían a los niños para llevarlos a Requena o a Utiel. La limitación de la escuela elemental hasta los diez años todavía agravó más la situación, reduciendo el número de escuelas rurales a los actuales Centros Rurales Agrupados (CRA) de El Tejo, Entreviñas y Oleana que atienden a cuatro capitales municipales y a cuatro aldeas, mientras que otras 30 aldeas tienen cerradas sus escuelas y los pocos niños que quedan en ellas tienen que ser llevados a las únicas que siguen abiertas.

Tan corta, cuando no inexistente, oferta escolar ha contribuido a que muchas familias del medio rural hayan cambiado su domicilio oficial a las ciudades de Utiel y Requena, donde han comprado pisos, aunque suelen mantener también la casa familiar en su lugar de origen.

Al cierre de escuelas se han venido añadiendo el de los servicios sanitarios (ya no hay médicos que vivan en las aldeas) que ahora son atendidos durante ciertas horas y días de la semana en los llamados Consultorios Auxiliares (30 en toda la comarca).

Muy pocos de ellos (11) llevan asociada una farmacia o botiquín. La disminución de estos servicios básicos escolares y sanitarios son los que a nuestro juicio más han influido e influyen a que los habitantes de los núcleos rurales sigan marchándose a las ciudades. También hay otras razones como el cierre de comercios (hornos, carnicerías, ultramarinos), lugares de ocio (bares, cines, teleclubs), falta de transporte público, etc.

A todo ello hay que añadir la falta de trabajo, fuera del estrictamente agrícola, cada vez más mecanizado y con menos necesidad de mano de obra, en contraposición de una mayor oferta en talleres, servicios y administración en las ciudades, que junto con sus mayores posibilidades en formación y ocio, atraen a los más jóvenes.

ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACIÓN Y DESCENSO DE LA NATALIDAD

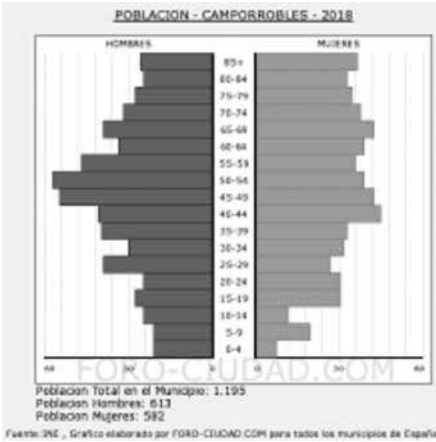
La emigración de los jóvenes y el descenso de la natalidad debido tanto a la escasez de matrimonios jóvenes como la tendencia general a tener menos hijos han traído como consecuencia un envejecimiento de la población rural, hasta el punto de que actualmente la población mayor de 65 años es muy superior a la menor de 20, dibujando así una pirámide invertida, que se ensancha por arriba y se estrecha por la parte baja. Véanse al efecto las pirámides de Venta del Moro y Camporrobles.

Las tasas de natalidad y de mortalidad, que hace treinta años se mantenían ambas en torno al 10 por mil, y que incluso durante el período 2000-2100 llegaron a registrar un balance positivo de la natalidad debido a la inmigración extranjera (más de 4.000 personas) con mayores índices de fertilidad, han caído de manera alarmante en la presente década. Así ocurre que en 2018 nuestra comarca registró una tasa de natalidad del 7,27 por mil frente a una de mortalidad superior al 12 por mil, lo que arroja un saldo vegetativo negativo del -4,79 por mil. Este saldo, aun siendo preocupante es menos grave que en nuestras comarcas vecinas del Valle de Ayora (-8,64 por mil), La Serranía (-8,34) y no digamos ya del Rincón de Ademuz (-15,89).

Dentro de la comarca hay notables diferencias entre las ciudades y los núcleos rurales. Así por ejemplo, en la ciudad de Requena, en la que no sólo hay más población joven sino también más de 1.600 extranjeros con alta natalidad (sobre todo entre los latino-americanos) el saldo vegetativo está bastante equilibrado en torno al llamado “crecimiento cero”. En cambio en municipios rurales como Camporrobles sólo han nacido en el último quinquenio 20 niños frente 99 defunciones, es decir, que por cada cinco personas fallecidas sólo hay una nueva nacida. Esta relación es todavía más grave en aldeas pequeñas en muchas de las cuales no se registra ningún nacimiento desde hace años.

Indicadores demográficos en 2018. Tasas por mil habitantes

Comarca	Natalidad	Mortalidad	Saldo vegetativo
Requena-Utiel	7,27	12,06	-4,79
Valle de Ayora	5,62	14,26	-8,64
La Serranía	6,28	14,72	-8,34
Rincón de Ademuz	5,02	20,11	-15,89



LA FUNCIÓN RESIDENCIAL SECUNDARIA COMO PALIATIVO A LA DESPOBLACIÓN

El abandono y ruina de varios cientos de caseríos es irreversible, pero en las capitales municipales y en muchas aldeas, incluso entre las más pequeñas, se aprecia una notable función residencial secundaria que ha supuesto la rehabilitación de viejas viviendas e incluso la construcción de otras nuevas. Este fenómeno es más importante en aquellos núcleos rurales que cuentan con instalaciones deportivas propias como piscinas, frontones e incluso campos de tenis (Campo Arcís, Los Isidros, Los Pedrones, San Juan...), atractivos naturales y caza (Casas del Río, Casas de Sotos, la Fuen Vich, Hortunas...), servicios médicos, farmacia, panadería, bar, comercios de ultramarinos, etc.

La construcción de viviendas nuevas ha sido muy relevante en aldeas cercanas a las ciudades, como en el caso de El Pontón, a poco más de un kilómetro de Requena, que se ha convertido en algo así como “un barrio dormitorio”, aunque donde más nuevas viviendas se han construido ha sido en San Antonio (más de 200), seguida de Campo Arcís (unas 90), muy por delante de otras aldeas pequeñas en las que tampoco han faltado promociones de grupos de entre seis y diez viviendas, casos de Roma, El Rebollar, Casas de Eufemia o Los Pedrones. En casi todos estos lugares hay actual-

mente tantas viviendas como habitantes permanentes, por lo que su población puede duplicarse y hasta triplicarse durante la estación veraniega y muchos fines de semana.

CAMPO ARCÍS: UN EJEMPLO DE ALDEA CON FUNCIONES RESIDENCIALES

El caso de Campo Arcís puede servirnos de ejemplo. En esta aldea, situada a nueve kilómetros de Requena (diez minutos o menos de viaje en coche), servicios básicos escolares y sanitarios, farmacia, horno, carnicería, tienda de ultramarinos, dos bares y un polideportivo con piscinas, frontón y campos de tenis y de fútbol, viven censadas actualmente algo menos de 400 personas. No cabe duda que la relativa distancia-tiempo al gran centro comarcal así como la dotación de los servicios reseñados, la convierten en un lugar idóneo para funcionar como residencia veraniega e incluso de fines de semana, sino también como residencia fija para matrimonios jóvenes que trabajan en Requena y gustan de vivir en una casa individual en un lugar tranquilo y, en muchos de los casos, con familiares cercanos y amigos.



Grupo de 12 casas construido en 2009 en Campo Arcís (Piqueras, 2018)

Desde 1975, cuando ya era evidente que Campo Arcís seguiría perdiendo población y que muchas viviendas estaban quedando vacías, no ha cesado sin embargo la construcción de casas nuevas, que sin contar las rehabilitadas, suman casi un centenar, 66 de iniciativa particular y 29 como resultado de las tres promociones que grupos inmobiliarios han llevado a término. Es así que actualmente el censo de viviendas (368) es casi igual al de habitantes (387), y muy superior al de familias residentes y casas habitadas de forma permanente que no llegan a 180.

La población estimada durante los fines de semana asciende a 500 personas, mientras que en el verano pasa con creces de las 800. Esto ayuda a explicar el mantenimiento de algunos servicios como son los dos bares, el horno, la carnicería y la tienda de ultramarinos, que difícilmente podrían mantenerse si sólo contasen con la clientela de las familias residentes. Son muchas, por no decir todas, sobre todo las que vienen en fines de semana, las que aprovechan su visita para volver a sus domicilios habituales con productos locales, especialmente carnes, embutidos, pan y bollería.

En conclusión estamos ante un claro ejemplo de lugar medio vacío que cumple una notable función residencial que ayuda a mantener viva la aldea y sus servicios comerciales y de ocio básicos.

También es de destacar la recuperación como lugares de segunda residencia de algunas pequeñas aldeas que habían quedado prácticamente deshabitadas y que oficialmente sólo tienen dadas de alta entre una (Fuen Vich) y diez personas (Casas de Cuadra, Villar de Olmos, La Loberuela, etc.). A veces incluso no vive nadie de manera permanente, como ocurre en las Casillas de la Manchega, donde no obstante los fines de semana y durante el verano llegan a vivir hasta media docena de familias.



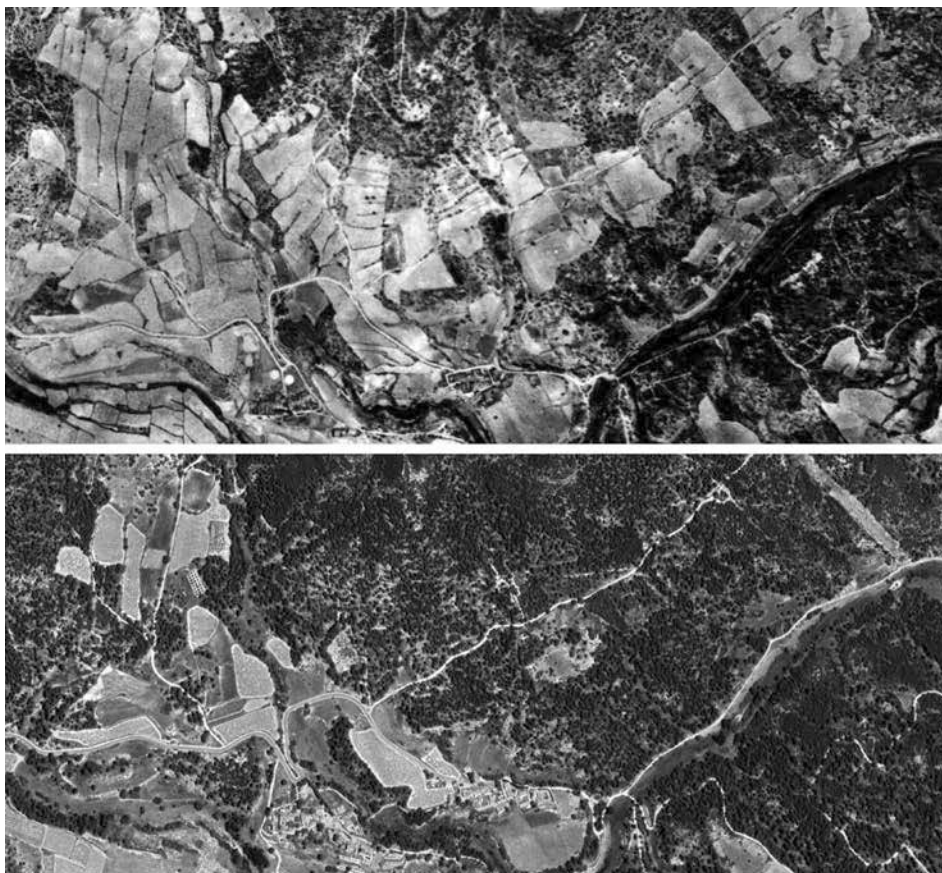
Fuen Vich. Casas nuevas y rehabilitadas como residencias veraniegas. Oficialmente sólo hay censada como residente permanente una persona.

CAMBIOS EN EL PAISAJE AGRARIO: REGRESIÓN Y CAMBIO DE CULTIVOS

La emigración ha traído consigo una regresión de los cultivos, sobre todo en las aldeas y caseríos más aislados de la mitad meridional del término de Requena. Así se

puede apreciar en los alrededores de la aldea de la Fuen Vich y el cercano caserío de las Casillas del Cura, donde han quedado abandonadas muchas parcelas de secano (viñas, almendros, cereales) y también de regadío. La vegetación natural de pinos y arbustos ha ido colonizando los campos abandonados y en el momento actual están ya prácticamente convertidos en monte. En otras ocasiones se han perdido ancestrales sistemas de riego como los de Hórtola, Penén de Albosa y otros situados a lo largo del río Cabriel y su afluente la rambla Albosa. Sin llegar al abandono total también han quedado muy deteriorados y con riesgo de ruina total el sistema de riego de Casas del Río, alimentado por una noria del siglo XVIII.

Otro efecto de la escasez de mano de obra ha sido la transformación de las huertas que había a lo largo de la Vega del Magro y las mismas huertas de Requena y de Hortunas, que hoy aparecen plantadas de viña y con sus acequias muy deterioradas e incluso inútiles ya para el riego.

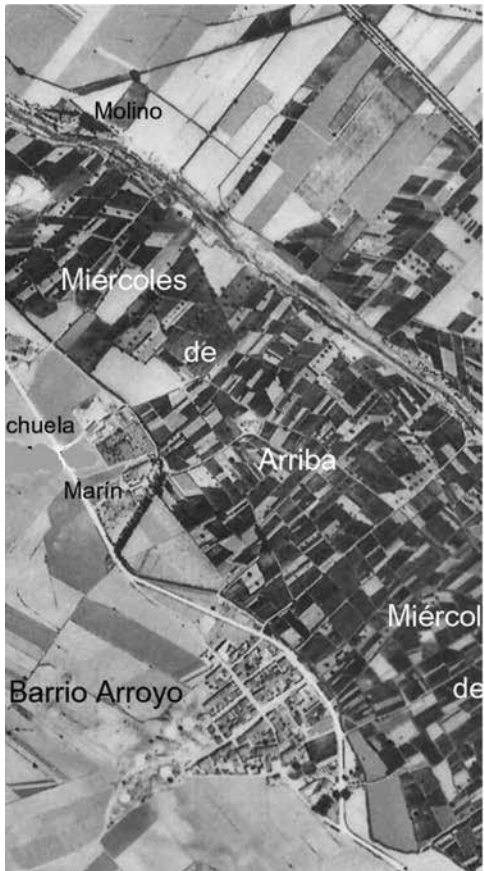
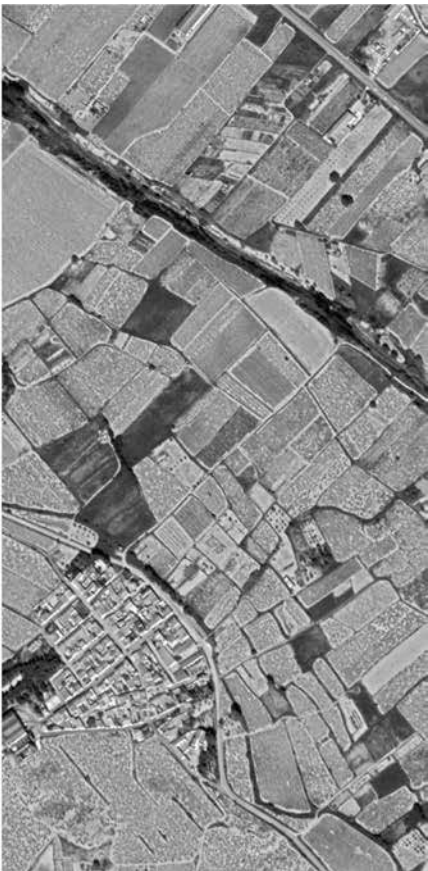


Cambios en el paisaje.

Abandono de parcelas cultivadas en 1956 que han quedado invadidas por el monte (2018).



Finca de la Casa del Doctor. Abandono de cultivos e invasión paulatina del monte.
Antes había frutales y viñas. (Piqueras, 1993).



La escasez de mano de obra y la comodidad han convertido las antiguas huertas de la Vega del Magro en viñedos. Fotos de 1972 y 2018.

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DEL TÉRMINO DE REQUENA

Localidad/año	1857	1920	1940	1975	2018	% 1940- 2010
REQUENA	7.709	8.103	8.259	10.895	16.000	+94
San Antonio	508	1.363	1.805	2.031	1.802	0
San Juan partida	320	748	912	587	229	-75
San Juan	En S. Juan	369	433	338	125	-71
Calderón	En S. Juan	167	236	67	34	-86
Bº Arroyo	En S. Juan	212	243	182	70	-71
Derramador ptda.	555	1.051	1.358	705	607	-55
Derramador	En Derram.	305	375	181	54	-86
Roma	“	323	338	165	77	-77
Azagador	“	65	68	69	45	-34
El Pontón	“	378	577	290	441	-28
Campo Arcís	487	747	1.085	640	387	-64
Lázaro	487	791	1.057	729	266	-75
Los Duques	En Lázaro	233	383	261	88	-77
C.Eufemia	“	279	291	253	113	-61
C. Cuadra	“	81	151	1	13	-91
Los Ruices	“	160	232	184	53	-77
Albosa	601	805	1.008		430	-70
Los Isidros	En Albosa	482	659	569	343	-52
Los Cojos	“	300	410	193	92	-78
Penén	“	122	169	48	22	-87
La Portera	150	337	387	261	125	-68
Hortunas	249	353	393	119	39	-90
Pedrones ptda	367	493	622	390	129	-79
Los Pedrones	En Pedrones	291	386	331	161	-58
C. de Sotos	“	126	133	44	20	-85
Fuen Vich	“	76	99	15	1	-99
Casas del Río		541	653	166	26	-96
Villar de Olmos	277	260	332	42	29	-91
Villar Olmos	En Villar	109	152	8	10	
La Cañada	“	101	135	8	3	
Las Nogueras	“	50	45	26	16	
TOTAL	12.029	18.818	19.422	17.976	20.227	+4'2

EVOLUCIÓN DEL RESTO DE MUNICIPIOS DE LA COMARCA

	1857	1920	1940	1975	2018	%
UTIEL término	7.072	13.137	12.411	11.602	11.540	-70
Utiel ciudad	5.578	9.807	9.512	9.275	10.155	+9
Las Cuevas	368	912	993	887	514	-48
Los Corrales	309	873	761	589	269	-65
Las Casas	323	779	798	451	260	-67
La Torre	108	253	364	338	107	-71
Estenas	92	62	83	62	32	-61
Diseminado	294	227	-	-	148	
VENTA DEL MORO	2.165	4.277	4.566	2.480	1.242	-78
Venta del Moro		1.400	1.352	992	719	-47
Jaraguas		555	644	451	159	-75
Casas de Pradas		443	652	250	113	-83
Los Marcos		164	217	190	58	-73
Las Monjas		238	292	211	68	-77
Casas del Rey		252	281	181	55	-80
Casas de Moya		376	463	205	70	-85
CAMPORROBLES	1.253	2.236	2.415	1.756	1.173	-47
Camporrobles			2.221		1.151	
La Loberuela			116		9	-92
Diseminado			86		13	-85
SINARCAS	852	1.349	1.579	1.416	1.124	-24
CAUDETE	796	1.743	1.543	1.145	696	-55
VILLARGORDO	939	1.652	1.440	1.324	586	-58
FUENTERROBLES	772	1.488	1.321	924	682	-48
CHERA	568	1.020	1.099	743	374	-66
COMARCA	26.446	44.398	45.788	39.366	37.785	-17

BIBLIOGRAFÍA

- Archivo General de Simancas. Catastro de Ensenada. Respuestas Generales de Cam-
porrobles, 1752. <http://pares.mcu.es/Catastro>.
- CANO, GABRIEL, Coord. (1978): *Inmigrados en el Área Metropolitana de Valencia*,
Departamento de Geografía, Universidad de Valencia.
- DÍAZ DE MARTÍNEZ, JOSÉ ANTONIO (1860): *Memoria de las Ermitas enclavadas en el*
término de la Ciudad de Requena, en Pardo F. y Cebolla S. (1995): *Origen de las*
parroquias centenarias en las aldeas de Requena, Ayuntamiento de Requena.
- GARCÍA HABA, CRISTINA (1987): Evolución demográfica de Requena en el siglo XVIII
a través de los registros del Archivo Parroquial de San Nicolás, *Oleana, Cuadernos*
de Cultura Comarcal, **4**, 41-68.
- LATORRE ZACARÉS, IGNACIO (2009): Transformación del paisaje, aprovechamientos
forestales y fauna del XVIII en la Meseta de Requena-Utiel, *Oleana, Cuadernos de*
Cultura Comarcal, **24**, 697-732
- MUÑOZ NAVARRO, DANIEL (2009): *La villa de Requena a través de las Respuestas Generales*
del Catastro del Marqués de la Ensenada (1752). Centro de Estudios Requenenses.
Ayuntamiento de Requena.
- PIQUERAS, JUAN Y SANCHIS, CARMEN (1986): La población y el poblamiento en la
comarca de Requena-Utiel, *Cuadernos de Geografía*, **39-40**, 331-344.
- PIQUERAS HABA, JUAN (1987): *La sedería de Requena: siglos XVI-XIX*. *Oleana, Cuadernos*
de Cultura Comarcal, **4**, 69-88.
- PIQUERAS HABA, JUAN (2009): Colonización rural y expolio del patrimonio municipal
en Requena durante el siglo XVIII, *Oleana, Cuadernos de Cultura Comarcal*, **24**,
613-666.